



LA SEÑORA TUBAU EN UNA ESCENA DE «LA CORTE DE NAPOLEÓN»

Fot. Esplugas

castellano, en aquella su genuina forma de la tierra y de las costumbres de Salamanca. (1)

### III

María Tubau estudió en el Conservatorio, recibiendo lecciones de Julián Romea y de Matilde Díez, pocas, pero muy bien aprovechadas.

La revolución de Septiembre barrió del Conservatorio las clases de declamación. «La experiencia ha demostrado—decía el ministro que decretó aquella supresión,—que nada influye tanto en la formación de buenos actores como el estudio y el trabajo, y las naturales condiciones del que al arte dramático se dedica: para lo primero son innecesarias las cátedras del Conservatorio, puesto que en otro sitio se enseña esta materia, y para lo segundo son inútiles, porque nunca podrían conseguir lo que no está al alcance del poder humano.» El simple sentido común que dictó esas palabras á un ministro revo-

lucionario tiene plena razón. Aptitudes y perseverancia son las dos cualidades fundamentales de ese arte, como de todo otro, y claro es que ni las unas ni la otra las dá el Conservatorio.

Pero aquellas breves lecciones por María Tubau recibidas de los dos grandes artistas, de Julián y de Matilde, señalaron á sus aptitudes el rumbo que siempre siguieron. Tiene de Romea la naturalidad asombrosa y la elegancia irreprochable, y de Matilde Díez, la dicción correcta y el ademán sobrio y el gesto expresivo, que hicieron de aquella actriz una de las primeras de su siglo y la primera de España, según dictamen de sus contemporáneos unánimes.

«En el escenario donde él reina—dice de Romea uno de sus panegiristas,—las comedias y los personajes no se representan, viven. Todo lo convencional que, sin desnaturalizar el arte puede ser omitido, lo suprime, y aun lo que ha de quedar por imposiciones del autor y por la condición del arte escénico, considéralo estorbo, y con su gran talento hace creer al público que no está escrito. Así es que el *aparte* y el *monólogo* que no suelen tener realidad sino en el pensamiento, son manifestados por él tan artísticamente, que no parece que los dice sino que los piensa, guardando en lo más hondo del alma todo su secreto. Oyen los espectadores hasta los suspiros más ahogados del cómico; momentos hay en que parece que llegan al oyente las palpitations del corazón del comediante y el latido de la sangre en sus sienes, y, sobre todo, el pulso que parece conducir al arte hasta las manos aquellas y aquellos dedos, lenguas del idioma universal de la acción en que el eximio artista no ha tenido segundo. Oyesele pensar y sentir; y el público asiste, sin sospecharlo casi, á todas las luchas que se libran en lo más recóndito del alma de los personajes.»

Eso era Romea, y en ese modelo se ha inspirado María Tubau, ayudada por su hermosa figura, por su nativa elegancia, por su nerviosidad exquisita,

(1) En una de las brillantes temporadas de la Princesa se confirió á María Tubau el título de *Doctora* en Arte dramático, suscribiéndolo la prensa y lo más notorio del parnaso español. He aquí el curioso documento:

A MARÍA A. TUBAU EN SU BENEFICIO: Yo, la Fama, al mundo hago saber: Que reunidos por orden de Apolo en el Parnaso todas las Musas formando tribunal, bajo la presidencia de Talía, por aclamación y sin ejemplo han nombrado Doctora en el Arte á la eminente é inspirada actriz española María Tubau; mensajera yo de esta nueva, entrego hoy á la agraciada el título y el birrete, haciendo constar que cumplo fielmente mi misión.—La Fama.—En representación del Parnaso español certificamos: Que es cierto cuanto la Fama dice.—Madrid 14 de Marzo de 1891.—A. Cánovas del Castillo.—José Zorrilla.—Emilio Castelar.—R. de Campoamor.—Gaspar Núñez de Arce.—Manuel del Palacio.—José Echegaray.—Eugenio Sellés.—R. Rodríguez Correa.—Por *El Globo*, Alfredo Vicenti.—Por *El Resumen*, Luis Ruíz Contreras.—Por *El Correo*, J. Ferreras.—Por *La Ilustración Española y Americana*, Bernardo Rico.—Por *El Clamor*, Vicente Sanhiz, (Miss-Teriosa.)—Por *El Liberal*, Miguel Moya.—Por *La Correspondencia de España*, Federico Jaynes.—Por *La Correspondencia Militar*, Diego Fernández Arias.—Por *La Epoca*, Pedro Bofill.—Por *El Imparcial*, Federico Urrecha.—Por *La Libertad*, Javier Betegón.—Por el *Madrid Cómico*, Sinesio Delgado.





EN «NIEVES»



EN «LA DOCTORA»



EN «NIEVES»

Fots. Compañy

por su pasión hondísima y por su vocación resuelta hacia el arte que profesa. Estudia ella el personaje por dentro antes de aprender de memoria las palabras, y desentraña cada uno de sus sentimientos y aquilata cada una de sus frases. No acaba para ella el estudio del personaje, cuando acaba la primera representación, sino que sigue penetrando en él y reflexionando sobre él, pudiendo por esto añadir á su papel nuevos matices, aprovechando los efectos nuevamente descubiertos, no soñados á veces por el autor mismo. Yerran los que se rien de la parte de creación personal que en la labor del buen cómico hay, pues no existe uno que de veras lo sea y

que sea verdaderamente bueno para quien no haya en cada momento una inspiración que añade algo personal y convierte en propio trabajo creador la traducción del pensamiento del poeta.



UNA ESCENA DE «EL LIBRE CAMBIO»  
Sras. Tubau y Rojas y Emilio Mario

Con Manuel Catalina depuró y arraigó María Tubau su afición decidida al cuidado de la escena y de todos aquellos accesorios que tanto ayudan al éxito del procedimiento realista en el arte dramático. Los trajes y el decorado que por los años de 86 y 87 exhibía en el teatro de la Alhambra la compañía de María Tubau nada tenían que envidiar á lo que después por ella misma y por otras empresas se ha hecho en la materia. Y una prueba decisiva



del talento de la Tubau tenemos en el hecho de que habiendo trabajado frecuentemente con artistas de escasísimos méritos, no ha flaqueado ella ni sentido la influencia del medio artísticamente deplorable en que había de moverse. Aislada y concentrada en su propia inspiración, ha sabido prescindir de los influjos exteriores... cuando no ha llegado hasta el punto de mejorarlos con hábiles y discretas observaciones formuladas en la escena misma.

Parece esto contradictorio de lo que he dicho acerca de la naturalidad y del realismo en el «juego escénico» (pase el galicismo) de la Tubau. Si aquel con quien dialogamos es un marmolillo, incapaz de expresar sus sentimientos, acaso incapaz de sentirlos, ¿cómo hemos de dirigirnos á él con el fuego que requiera la situación? Así es, sin embargo, en nuestra actriz, y ello se explica por el profundo estudio que María hace del personaje que ha de interpretar y de la obra toda antes de sacarlo á la escena. Mucho hay de instintivo en su arte, como en todo verdadero artista; pero no descuida ella el estudio que ha de perfeccionar el instinto, la reflexión que ha de hacer más sólida y más personal y más bella la concepción del instinto.

También se acredita esta superioridad de María Tubau respecto del medio teatral en que no sucede con ella lo que tan frecuente es con los cómicos, á saber: que gradúan los bríos y el entusiasmo de su arte por el número de espectadores que ven en la sala. Sabido es cuánto influía esto en Vico, y cómo se adaptaba su trabajo á la cantidad y á la calidad del público, frío y displicente cuando este era escaso; fogo-

so y entusiasta cuando abundante; sobrio y delicado miniaturista ante el concurso selecto del Español; desgarrado pintor de brocha gorda en los teatros esencialmente plebeyos...

No se observa esto en la Tubau; pudiéndose por tanto decir de ella, como se dice de Romea en el párrafo anteriormente reproducido, que llega hasta la supresión del público, en cuanto que sustrae de este las criaturas ideales del poeta para que vivan y vibren tales cuales fueron concebidas.

## IV

Estamos con María Tubau muy lejos de aquellas actrices á cuya fama contribuye tanto como el esplendor de su arte la turbulencia de su vida. Es ella fuera de la escena una dama virtuosísima, de soberana distinción, y en su casa un trasunto de «la perfecta casada.»

En sociedad, su trato encantador y sus delicadezas de corazón le conquistan todo respeto y toda amistad. En el hogar, su marido, sus hijos y sus hermanos son para ella más que la gloria, todo el mundo, mostrándose en ello uno de esos milagros de agilidad del entendimiento humano para comprender y del corazón para sentir algo que no se ha tocado ni sufrido en la realidad.

La mujer que en la escena luce *toilettes* espléndidas, tan costosas como elegantes, fuera de la escena viste con la mayor modestia, aunque siempre con la elegancia inseparable de su figura. En el fondo de su cómoda berlina arrastrada por bestias de bien probada mausedumbre—la Tubau es muy medrosa,—parecería una apacible y obscura burguesa, si no brillara en sus ojos, con vivos resplandores, el fuego del arte.



EN «LA CORTE DE NAPOLEÓN»  
Fot. Esplugas



¿Quién diría al verla en su casa, tan solícita y cuidadosa de la salud y de la educación de sus hijos Julio y Ceferinc, que es la protagonista admirable de aquellas comedias en que Dumas desenrañó la psicología complicada de la ligereza femenil contemporánea? (\*)

La sinceridad, sin embargo, tiene sus fueros contra los que es inútil rebelarse: María Tubau obtiene sus mayores triunfos en aquellas creaciones en que la ligereza de las costumbres no esconde la sanidad y pureza del alma, en aquellas figuras de mujeres intensa y fundamentalmente buenas, sean cuales sean sus apariencias y aventuras, es decir, las que más se acercan á su propia naturaleza. Dos grandes figuras se destacan entre las creadas por la

(\*) En testimonio de lo escrito acerca de las delicadezas de corazón de María Tubau, son interesantes los dos mensajes que de la curiosísima colección de ésta entresacamos para ofrecerlos á los lectores. La sociedad coral *Alianza graciense* le dice lo siguiente:

«Grande honor es, señora, para esta humilde Asociación, el de contar en su seno como Presidenta honoraria á la ilustre y más eminente actriz del Teatro español en la época actuar

El acto que en estos momentos celebramos para confirmar nuestra elección y vuestra generosa aceptación, y sellar de modo ostensible los vínculos de respeto, admiración y entusiasmo de esta Sociedad, para con la eximia artista, virtuosa y distinguida dama, no se borrará jamás de nuestra memoria, como tampoco desaparecerá de nuestros corazones el sentimiento, gratitud y afecto, tiempo ha nacido, y hoy afirmado, en el espíritu de todos y cada uno de los que tenemos la dicha de llamarla nuestra Presidenta. Pobres de medios y de expre-



EN «BATALLA DE DAMAS»



EN «LA DAMA DE LAS CAMELIAS»

sión, pero muy ricos de ideas sanas y de honrados sentimientos, no podemos hacerlos demostraciones materiales como vos las merecís, de cuanto pensamos, de cuanto sentimos y de cuanto deseáramos; pero, si podemos expresarnos con la ruda franqueza de la verdad, que mientras viva esta Sociedad, vivirá el nombre de la ilustre María Tubau, y que allí donde haya un miembro no más de esta Sociedad, existirá un altar consagrado al culto de admiración de vuestro talento y vuestras virtudes.

Podrá separarnos—por desgracia para nosotros—la distancia; pero nuestro afecto os seguirá allá donde vayáis y con vos viviremos siempre unidos cordialmente.

Guardadnos también en vuestra ausencia un recuerdo si quiera, y en medio de vuestros brillantes y repetidos triunfos, no olvidéis que en la Villa de Gracia existe una Sociedad humilde, que se considera como vuestra, y que de hoy en adelante gozará con vuestras dichas y sentirá con vuestras penas.

Bebamos, pues, señora, á vuestra salud y vuestra gloria; á la salud y la dicha de vuestro amante esposo y vuestros amadísimos hijos, y que el cielo otorgue á ustedes y á ellos toda la ventura y prosperidad que para nosotros mismos y nuestras familias podamos desear.

Gracia 15 de Marzo de 1895 »

Las señoras que componen la Junta de beneficencia de Buenos Aires le dicen lo que sigue:

«La caridad ha creado entre usted y nosotras vínculos de afecto y cariño que no romperá la distancia ni debilitarán el tiempo y que anhelamos tengan el poder de atraerla de nuevo á estas playas para admirarla otra vez.—Sea usted siempre feliz.—Dolores R. Fernández.—María Luisa Varela de Casares.—Walda Britos.—Nélida Varela.—Mercedes de Oromí.—Eloisa R. de Cueto.—Amelia R. de Montes de Oca.—Sofía F. de Lavié.—Petrona V. de Fernández.—Alina G. de Fernández.—Elena Goya.—Francisca Lavié Fernández.—Ragués Varela.—Cetronia Montes Oca.—Angélica Oliveros.—Julia Ramos.—Catalina Cueto.—Irene Varela.—Celia Fernández.—Sara y Ursula Arce.—Buenos Aires, Noviembre 25 de 1889.»





MARÍA TUBAU EN EL AÑO 1895





SRTA. DOÑA JOAQUINA PINO, DEL TEATRO APOLO, EN «EL REY MAGO»

FOT. FRANZEN







Tubau en los últimos años: la *Catalina* de «La Corte de Napoleón», y la *Pepita Tudó* en la excelente comedia de Ceferino Palencia, dos grandes mujeres buenas de toda bondad, sanas y puras al través de las andanzas buenas ó malas, felices ó aciagas, de una existencia borrascosa. Así han pasado entre bastidores y bambalinas los afectos de María Tubau, aquellos de la madre que son como la esencia y el perfume de la mujer.

V

Tales son á mi ver los rasgos sobresalientes de esta gran actriz que es una de las dos ó tres figuras únicas de primer orden que en el siglo XIX ha dejado el teatro Español.

No fué ciertamente aquel siglo de escasez para nuestro arte escénico. Lo inauguró el excelso Mayquez, y hasta el último cuarto del siglo llegaron representantes de una gran pléyade de buenos artistas. Dos escuelas bien deslindadas y definidas se observan en la declamación española durante toda la centuria: la de aquellos

para quienes la declamación era todo el arte escénico, y la de aquellos para quienes solo era una parte.

Mayquez, Romea y Vico son los tres grandes nombres de la escuela realista. Latorre, Valero y Calvo significan mejor que nadie el sentido contrario, aquella escuela efectista de grandes bellezas que tanto estrago habían de producir en la educación de nuestro público teatral.

Nuestras actrices, por lo común, han sentido mayor predilección por esta escuela que por aquella. Matilde Díez, que practicó la realista con soberbios aciertos, padeció con frecuencia resabios de la otra. María Tubau pertenece por entero á

aquella, y casi me atrevería á decir que la ha perfeccionado con la suprema audacia de excluir de su repertorio la tragedia, cosa á que no se atrevieron á llegar sus insignes ascendientes en el cultivo del realismo escénico.

SALVADOR CANALS.



EN «RESURRECCIÓN»

Fot. Esplugas



TOCADOR DE LA SRA. TUBAU



Fots. Candela

GABINETE DE LA SRA. TUBAU